

las venialidades que manchan al alma, y la enferman, y la impiden progresar en la virtud, y por otra sirve de preservativo para no retroceder y caer en nuevas culpas, especialmente en graves. De ordinario, las personas que comulgan con frecuencia viven en el temor de Dios, y pasan años enteros, y aun toda su vida, sin cometer un pecado mortal. ¡Qué beneficio! ¡Qué manjar! ¡Qué efectos! Sólo con esto basta para que todos tengamos deseos ardorosos de comulgar con frecuencia y mientras más, mejor. Pero sigamos adelante, que aún hay aquí mucho que considerar, y mucho que agradecer á Dios nuestro Señor.

15. PECADOS MORTALES.—Es también efecto de valor inestimable el que la Comunión produce en el alma, respecto de los pecados graves. *Si alguno*—dijo el Doctor Angélico (D. 9, q. 1, a. 3)—*después de un diligente examen de conciencia, juzgando que está en gracia, se acerca á recibir el Cuerpo de Cristo, habiendo quedado en su alma algún pecado mortal que se haya escapado á su examen, no peca, antes bien por la virtud del Sacramento eucarístico consigue la remisión.* Es decir, que la Comunión borra (*per accidens*) el pecado mortal de que no nos acordamos después de un razonable examen; y, por consecuencia, el pecador que ignora involuntariamente su pecado grave y comulga de buena fe, queda en verdad justificado. Esta es la doctrina sentada y seguida por los teólogos, sin más obligación para el pecador que confesar después el pecado olvidado para someterle á las llaves de la Iglesia y que sea perdonado directamente, ó, lo que es lo mismo, confirmado el perdón indirecto obtenido en la Comunión (1).

16. Y aún no para aquí la influencia de la sagrada Eucaristía sobre los pecados mortales, pues el que comulga dignamente se preserva mucho de caer en ellos, ya por el aumento de gracia santificante y de caridad que el alma recibe, ya por la disminución de la concupiscencia que el Sacramento produce. Cosa en verdad de grandísima importancia en la vida del espíritu, porque los remedios que preservan de caer en las enfermedades son tan preciosos como los que devuelven la salud perdida. Quéjense muchas almas de que no perciben sensiblemente el hermoso fruto de sus continuas Comuniones, y casi casi están dispuestas á dejarlas por eso, y no reparan que si no fuera por ellas estarían tal vez precipitadas en el abismo de culpas gravísimas. ¿Les parece poco fruto conservar la vida

(1) Así S. Thom., p. III, q. 79, a. 3; y con él San Alfonso, San Antonino, Bellarmino, Suárez, Natal Alejandro, Biluart y el común de los teólogos.

del alma, á la manera que el alimento corporal preserva la vida del cuerpo?

Mucho deben reparar en esto las personas devotas, llevando siempre en la memoria aquellas palabras del divino Salvador: *Yo soy el Pan bajado del cielo, para que quien lo coma no muera. El que coma de este Pan, vivirá* (1). Es decir, que el que se aleja de la sagrada Eucaristía, por eso mismo quedará en el espíritu herido de muerte, así como el que comulgue con frecuencia evitará el pecado mortal y vivirá con la vida de la gracia. ¿Con qué vida admirable no viviremos comiendo dignamente el Pan eucarístico, que es la misma vida? ¡Oh delicioso banquete de los hijos de Dios! ¡Oh Mesa sacratísima! ¡Cuán poco te conocen y estiman los hombres! (2).

17. REMISIÓN DE PENAS.—¿Y qué diremos de la Comunión sagrada con referencia á las penas debidas por los pecados ya perdonados? Mucho se inquietan algunos cristianos pensando: Yo sé que he cometido muchos pecados, y aunque abrigo la dulce confianza de que el Señor me los habrá perdonado mediante su misericordia y mis continuas confesiones y comuniones, sin embargo, me aterra la idea de las penas que por ellos tengo merecidas; ¿qué haría yo, Dios mío, para satisfacer por ellos debidamente, y que mi alma no sea detenida en el purgatorio, sino que pase sin tardanza al cielo?—Ya lo hemos dicho: comulgar bien y con frecuencia; pues aunque en realidad la Comunión no remite *directamente* dichas penas, sin embargo las extingue en parte ó en todo, según la devoción y el fervor con que se comulgue, en virtud de los actos de caridad que la Comunión nos hace llevar á cabo, y por cierta concomitancia con el fin principal del Sacramento, como enseña Santo Tomás (p. III, q. 79, a. 5). Como si dijéramos en virtud de la Comunión misma, puesto que el perdón de los pecados veniales que se obtiene al comulgar apenas puede verificarse en esta vida sin la remisión de alguna pena (3). Sobre todo, si quien comulga oye al mismo

(1) *Hic est panis de coelo descendens; ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet.* (Joann., VI, 50 y 52.)

(2) Siendo el pecado grave cierta muerte espiritual del alma, el sacramento de la Eucaristía preserva al hombre del pecado de dos modos: en cuanto confirma al hombre en la vida espiritual, y en cuanto combate las asechanzas del demonio como signo de la Pasión de Cristo. (S. Thom., p. III, q. 79, a. 6.)

(3) *Duplici modo, tum ex opere operantis, tum ex opere operato S. Communio efficit poenae temporalis post remissionem culparum residuae diminutionem; idque eo magis tenendum est, quod venialis culpa remissio sine ulla poenae debitae remissione hac in vita vix possibilis est.* (Lehmkuhl: *De Euchar. ut Sacram.*)

tiempo la Misa y la ofrece en unión del sacerdote, ¿quién puede negar que la Eucaristía, como sacrificio, remite *directamente* las penas temporales (1)?

18. Ahora bien: siendo esta la doctrina católica en todo su rigor teológico, es práctica hermosa y convenientísima *vivir al día*; esto es, liquidando cuentas con Dios todas las noches, diciendo: «Si hoy por mi fragilidad he cometido tales y tales culpas leves, hoy mismo he comulgado devotamente y las culpas quedan borradas y las penas extinguidas, á lo menos en parte. Si por ignorancia inculpable, ó falta de memoria, me acerqué á la sagrada Mesa con pecados mortales no confesados, ó sin verdadera contrición, no importa, la Comunión es poderosísima, Dios misericordioso, y mi alma queda limpia, sana, salva y perdonada. ¡Qué prodigio! ¡Qué consuelo! ¡Cuánto interesa que entiendan bien esto las almas congojosas!

Por último, veamos ahora otros efectos generales, que en manera alguna podemos pasar en silencio.

§ II

EFFECTOS DE LA COMUNIÓN EN EL CUERPO Y EN LA SOCIEDAD

19. La sagrada Comunión es medicina para los cuerpos.—**20.** Ejemplos históricos.—**21.** Produce la unión en las familias y en las sociedades.—**22.** Produce todas las gracias.—**23.** Resumen y conclusión.

Mucho nos hemos detenido en mostrar algunos efectos de la sagrada Comunión en nuestras *almas*, y sin embargo parece que no hemos dicho nada en comparación de la realidad. Forzoso nos es ya poner término, añadiendo algunas palabras referentes á los *cuerpos* y á nuestros *semejantes*, puesto que todo se halla íntimamente relacionado.

19. ¡El cuerpo! ¿Cómo negar que los maravillosos efectos de una buena Comunión trascienden también á nuestros cuerpos materiales? El cuerpo y el alma se hallan estrechísimamente unidos, y su influencia mutua es constante, real y perceptible. La Comunión que ha santificado y fortalecido al alma, hace al cuerpo me-

(1) Es decir, que la Eucaristía, en cuanto sacrificio, es ordenada *per se* á la remisión de la pena temporal, *ex opere operato*; pero en cuanto Comunión, principalmente remite dicha pena *ex opere operantis*. (Véase Suárez, tomo XXI, p. 431, edición de París en 1887.)

nos impresionable y menos dado á los deleites de los sentidos. Es en verdad un remedio poderoso que produce de ordinario su eficacia, y que sana y alivia al cuerpo de dos maneras: ya *directamente* por el contacto real del Cuerpo sagrado de Jesucristo, que conserva en la Eucaristía el mismo poder que tuvo sobre la tierra, para curar ó aliviar las enfermedades, ya *indirectamente*, por la paz y tranquilidad que lleva al alma y que por necesidad se deja también sentir en todo el organismo del cuerpo (1).

El cuerpo adorable de Jesucristo, cuando peregrinaba sobre la tierra, tenía tal virtud, que cuando los enfermos tocaban solamente la orla de su vestido, quedaban sanos. Si tal eficacia curativa poseían las vestiduras, ¿cuál sería la de su cuerpo sacrosanto? Si aquel cuerpo divino, por su unión con el Verbo, es el mismo que se halla velado bajo las especies eucarísticas, ¿quién que le toque no podrá quedar de todo punto curado? Pero el que comulga tiene con el cuerpo de Jesucristo, no ya un *simple contacto*, sino una unión íntima, y por incomprendible modo completa, que es como cierta incorporación, como formando una sola cosa con El. ¿De qué modo podrá negarse que la Comunión sagrada influye portentosamente en el cuerpo de los fieles, y que es eficaz remedio para curar ó aliviar todas sus enfermedades?

20. Esto no es exageración piadosa, pues la razón lo convence y además narran las historias prodigios innegables. San Buenaventura declara que muchas personas débiles ó enfermas han experimentado con la sagrada Comunión tal fuerza, alegría y consuelo, que se retiraban á sus casas como si jamás hubieran padecido mal alguno.—En las vidas de los Padres también leemos que varios Santos han pasado una vida larga y llena de salud, sin más alimento que la Eucaristía.—Pallades asegura que el monje Juan no tomaba nunca otro alimento que el Pan eucarístico.—El abate Severo jamás comía durante la semana, sino únicamente el domingo después de haber recibido al Señor.—El emperador Luis el Piadoso, en su última enfermedad, estuvo cuarenta días sin comer, pero recibiendo cada día el Santísimo Sacramento.—Sigeberto refiere en su crónica, que en 823 una joven de doce años, habiendo comulgado por Pascua en Tullés, pasó tres años enteros sin tomar otro alimento (2).

(1) Eucharistia habet aliquam efficaciam in corpore digne suscipientis.—Addere posumus, resurrectionem et immortalitatem corporis esse specialem effectum hujus sacramenti. (Suárez, lug. antes citado.)

(2) De los «Tesoros» de Cornelio A. Lápide, palabra *Eucaristia*.

Y en nuestros días, ¿quién no ha leído en los diarios, muchos años repetidos, semejantes prodigios en la joven Luisa Lasteau?

Muchos Santos, entre otros el beato Nicolás Flüe y Santa Catalina de Sena, se sustentaron con solo la Eucaristía durante largo tiempo. A otros, como á Santa Rosa de Lima y á Santa Ludowina, les daba la Comunión admirable fortaleza en su gran debilidad corporal, y alivio en sus dolores. A muchos fieles, verdaderamente devotos del Santísimo Sacramento, Jesús se les mostró en la Hostia bajo la forma de un niño hermosísimo y les hizo oír su voz; á otros, como á Santa Juliana de Falconeri, se dió el Señor mismo en la Hostia de un modo maravilloso. (Deharbe, volumen IV, pag. 267.)

«En llegándome á comulgar queda el alma y el cuerpo tan quieto, tan sano, y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suele, y tengo experiencia de esto, que son muchas veces, al menos cuando comulgo; ha medio año que notablemente siento clara salud corporal... Y así, que cuando tengo este recogimiento, no tengo miedo á ninguna enfermedad.» (*Santa Teresa de Jesús*, carta XI á San Pedro de Alcántara.)—¿Pensáis añade la Santa— que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades que, estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo.» (*Camino de perfección*, cap. XXXIV, n. 5.)

21. Mas dejando éstas y otras muchas maravillas, por ser de todos muy sabidas, vengamos á la influencia que el convite sagrado ejerce respecto de nuestros semejantes, pues no es para callada.

La Eucaristía se llama COMUNIÓN ó *unión común*, por tres razones: primera, por ser una Mesa y alimento común á todos los fieles; segunda, porque con la comunión del Cuerpo de Cristo constituimos todos un solo cuerpo en Cristo (1); tercera, porque uniéndonos á Jesucristo nos comunica, á todos en común y á cada uno en particular, los méritos de su sagrada Pasión y muerte. Por esta razón, sin duda, el Santo Concilio de Trento, en su sesión 3.^a, cap. VIII, dice así: *Este Sacramento es la señal de la unidad, el lazo de la caridad, el símbolo de la paz y de la concordia* (2). Y San Cirilo raciocina de esta manera: «Mi cuerpo—dice—está unido al

(1) Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus omnes qui de uno pane participamus. (I Cor., X, 17; y S. Crisóst., Homil. 55, *ad pop.*)

(2) Hoc Sacramentum est signum unitatis, vinculum charitatis, pacis et concordiae symbolum.

de Jesucristo por la Comunión; el Cuerpo de Jesucristo está unido igualmente al de mis hermanos; por consecuencia, mi cuerpo y los de mis hermanos se hallan realmente unidos en este Sacramento de amor (1).»

Vese, pues, sin más argumentos, que los cristianos estamos todos unidos por la santa Comunión, así como los dos brazos lo están mediante el tronco del cuerpo. *Somos los miembros del Cuerpo de Jesucristo, de su carne y de sus huesos*—dijo San Pablo (2);—y con tan noble y santa unión no se concibe que nos hallemos realmente divididos en el espíritu y en los corazones. El Sacramento eucarístico, no se puede dudar, es el lazo de amor que nos une con nuestros semejantes, no sólo porque recibimos el mismo Dios que nos manda amarnos los unos á los otros, sino también porque El nos dió el ejemplo amándonos á todos y exigiendo que todos formemos una sola cosa en su amantísimo corazón. ¿Quién hay que, después de haber comulgado, no se sienta impelido á prodigar á sus hermanos todo género de bienes (3)?

22. En suma, el convite eucarístico es la *montaña de Dios*, la *montaña fértil*, la montaña de todas las gracias, y el Pan celestial que en él recibimos se llama por excelencia *Eucaristía*, esto es, *gracia perfecta*, gracia consumada, gracia que contiene el Autor y dador de todas las gracias (4). He aquí por qué el Apóstol San Pablo, hablando á los de Corinto, dijo: *En esta divina Mesa es donde os enriquecéis con todos los tesoros de Jesucristo, de tal suerte que en ella*

(1) San Cirilo, lib. IV, in Joann., cap. XVII.

(2) Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, et de ossibus ejus. (Ephes., V, 30.)

(3) Es verdad que así como el manjar corporal sólo aprovecha al que le toma, así el manjar espiritual de la Eucaristía aprovecha sólo al que le recibe, y sólo en él obra los efectos interiores; es verdad que estos frutos intrínsecos de la Comunión no los podemos aplicar, como los del santo sacrificio de la Misa, á los vivos y á los difuntos; es verdad que aun cuando apliquemos la sagrada Comunión por otros, sus efectos quedan en nosotros, sin disminución alguna; pero, esto no obstante, nuestra Comunión puede ser útil á vivos y difuntos, en cuanto el que comulga pide por otros con intención de que el Señor, en vista de esta obra de piedad, se digne concederles su gracia y su misericordia. Por consiguiente, con la Sagrada Comunión sucede lo que con las demás obras de piedad, ayunos, limosnas y penitencias, que se hacen por vía de sufragio, y que se pueden aplicar y ofrecer por los difuntos, como se ve por la doctrina referente á la Comunión de los Santos. Por lo que toca á las oraciones que hace el que comulga, bien se puede creer que, en proporción, son de mayor eficacia que otras, ya sea porque regularmente entonces se hacen con mayor devoción, ya porque Jesús viene al alma y permanece en ella para oír con benignidad y misericordia sus súplicas. (Deharbe, vol. IV, pag. 401, n. 6.)

(4) Mons Dei, mons pinguis. (Psalm. LXVII, 16.)—In hoc Sacramento non solum quaelibet gratia, sed ille a quo est omnis gratia, sumitur. (S. Bernardo, *Serm. de Coena Dom.*)

no os falta gracia alguna; y la seráfica Madre Santa Teresa hubo de exclamar: «Una sola Comunión basta para enriquecer el alma con todos los tesoros espirituales, cuando no ponemos ningún obstáculo. (Sobre la Encarn.) Lo cual quiere decir que si los demás Sacramentos tienen cada uno su gracia especial, el de la Eucaristía, propiamente hablando, no tiene gracia determinada, sino que las contiene todas, y el que comulga puede en verdad decir con el Sabio: *Viniéronme juntamente con el Sacramento todos los bienes* (1).

Con efecto: si el hambre nos acosa, la Eucaristía es Pan bajado del cielo.

Si la sed nos atormenta, ella es la fuente de agua viva.

Si las tinieblas nos circundan, es nuestra verdadera luz.

Si la pobreza nos apremia, es nuestra soberana riqueza.

Si la debilidad nos abate, es nuestra gran fortaleza.

Si la muerte nos amenaza, es la vida eterna.

Si los enemigos invisibles nos acometen, es nuestro seguro asilo.

Si la corrupción del siglo nos hace temer por la flaqueza de nuestros corazones y de nuestro espíritu, la Comunión sagrada es nuestro escudo, nuestra protección y nuestro todo. Si Dios está con nosotros, ¿qué temeremos?

23. Ahora, recogiendo un poco las ideas, y para conservarlas mejor en la memoria, haremos un breve resumen de los efectos de la santa Comunión, diciendo:

El manjar eucarístico, recibido dignamente, restablece en su pureza primitiva el orden de la creación, ó, lo que es lo mismo, realiza en el mundo los designios amorosos de Dios creador.

Por la Comunión del alma queda *unida* á Nuestro Señor Jesucristo y el Hombre entero *incorporado* con El; como si dijéramos, la Comunión nos transforma en Cristos y nos hace semejantes á Dios.

Por la Comunión es elevado el hombre á soberana grandeza, y lleva en sí mismo un principio de paz y de felicidad tan grande como es posible en este valle de miserias.

Por la Comunión participamos y vivimos de la vida divina, vida de verdad, de amor, de justicia y de santidad, ó sea de la vida santísima y perfectísima de Nuestro Señor Jesucristo.

Por la Comunión *se acrecienta en el alma la gracia santificante*, y derrama el Señor sobre ella multitud de preciosísimas *gracias actua-*

(1) Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa. (Sap., VIII, 11.)

les, á saber: abundancia de virtudes sobrenaturales que facilitan y hacen suave las prácticas de piedad, fortaleza contra las tentaciones, victoria contra los enemigos visibles é invisibles, otorgando al mismo tiempo *prosperidad corporal y perfección de vida* á los que reciben con frecuencia tan augusto Sacramento.

Por la Comunión queda el entendimiento elevado y esclarecido, la voluntad llena de fortaleza sobrehumana y el corazón regocijado por extraordinaria y no usada manera, cual conviene á quien lleva en su pecho á Cristo nuestro Señor.

Por la Comunión se torna el alma humilde, piadosa, devota, paciente é inflamada en llamas vivas de amor divino.

Por la Comunión se aumentan en nuestro espíritu los hábitos virtuosos, se disminuyen las rebeldías de las pasiones y se refrenan sus exigencias inmoderadas, quedando el corazón nutrido de dulce esperanza, de suave complacencia y de tierna devoción.

Por la Comunión se borran los pecados veniales, se preserva el alma de los mortales, y aun éstos se perdonan *indirectamente*, quedando además remitida en parte, ó en todo, la pena temporal merecida por las culpas ya perdonadas.

Por la Comunión perseveran en nuestros corazones los santos deseos, los propósitos santos, las resoluciones generosas y la fortaleza sobrenatural para vencer con denuedo todas las dificultades.

Por la Comunión nos hacemos participantes de todos los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, quien nos da en arras la garantía de la eterna gloria del cielo.

Por la Comunión, finalmente, quedamos regenerados, prontos para hacer lo bueno, prontos para evitar lo malo, prontos para ser misericordiosos con los indigentes, y prontos para todo cuanto sea gloria de Dios, bien de los prójimos y santificación de nuestras almas. ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, ahora y siempre por los siglos de los siglos!